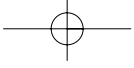
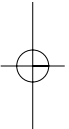


1

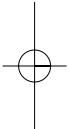
En la víspera de su regreso a Buenos Aires después de más de veinte años, mirando hacia la plaza de Santa Ana desde la ventana de su piso de Madrid, Ana recordaba el 23 de enero de 1975 en que su ex marido la había golpeado por primera y última vez. A Ana la avergonzaba la precisión de la fecha en su memoria, o más bien los motivos de esa precisión. Ese día ella estaba preocupada por el regalo para su amiga Pituca, que al día siguiente cumplía años. Pituca era la mujer de un militar, socio de su marido en el influyente bufete de abogados que ambos presidían, y a Ana, después de todo lo que había sucedido después, no se le escapaba la idea de que ese matrimonio,

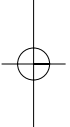
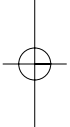
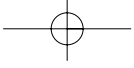


como tantas amistades que ella y su marido frecuentaban en esos tiempos, formaba parte de las relaciones forjadas por la economía, la profesión y los hábitos de clase. De hecho, al sobrevenir su propia separación, Pituca había desaparecido —y esta palabra le dolía a Ana— de su vida.

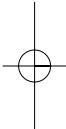
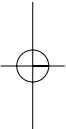
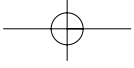


Ahora la caída de la tarde iluminaba Madrid con su gris acerado y limpio, y Ana no podía eludir un triste abandono que no sabía si llamar nostalgia o melancolía. Tampoco podía explicarse a sí misma la diferencia entre esas dos palabras a menudo oídas como sinónimos en boca de otros, pero desde siempre, o desde hacía veinte años, identificaba a la nostalgia con el deseo de volver y a la melancolía con lo perdido para siempre. Con frecuencia sospechaba que lo suyo era la melancolía, y ahora aquello le parecía paradójico si tenía en cuenta que faltaban pocas horas para el regreso. El recuerdo de aquella mañana de enero que la memoria le imponía la apartó del ensimismamiento.

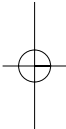
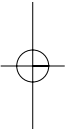
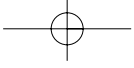




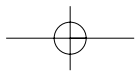
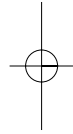
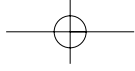
No sabía decirse cómo había comenzado la gresca ni cuáles los motivos verdaderos de su origen, pero recordaba que había sido durante el desayuno en la cocina. Un café frío y la derivación hacia el reproche de su marido por el dinero que aportaba al matrimonio habían sido las excusas de ese día. Después, en la confusión de los gritos y los golpes, había surgido el propio trabajo de Ana como abogada de pobres y ausentes en los Tribunales de Buenos Aires. La negativa de ella a abandonar su profesión enardecía al hombre más que otras veces hasta que sus manos asumieron para sí la agresividad de las palabras. A Ana le sorprendía la exacta memoria de aquellos hechos tan lejanos, que desde esa tarde en Madrid contemplaba como si fuese una escena teatral imborrable y ajena a la vez. Se veía a sí misma desdoblada, como si fuese espectadora de un drama desarrollado en un escenario extraño que la tenía como distante protagonista. ¿Era aquélla la misma Ana que hoy recordaba? ¿Cuántas vidas se viven



en una sola vida?, se preguntaba con la incómoda certeza de saberse varias veces muerta y otras tantas resucitada. En el escenario del pasado que ahora se entrometía en su vida sin ser convocado, ella cruzaba la sala de estar oliendo en su marido el olor de la furia mezclado con su propio olor de miedo. Lo sentía a sus espaldas como luego sentiría el brazo de él sobre su hombro, haciéndola girar, y enseguida el cachetazo humillante en su cara. Recordaba sus propias palabras surgidas del natural dolor y de la impotencia, pero también de una incredulidad que moría dentro de ella en el momento mismo de nacer. Le decía a su marido que no la vería más, oía sin importarle las palabras que intentaban recomponer lo ya irrecuperable y después, en vertiginosa sucesión, el intento de él por llevarla a la cama, su rabiosa negativa traducida en la primera trompada de su vida sobre un rostro masculino, y la reacción del hombre partiéndole la ceja con el teléfono.

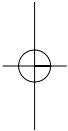
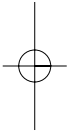
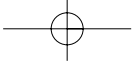


El sonido del teléfono de su casa de Madrid la apartó de aquel otro, ominoso. Era su amiga Soledad, que con su acento castizo le preguntaba si ya había hecho las valijas. A Ana le divertía oír a su amiga usar la palabra *valija* en vez de *maleta*. En Buenos Aires, Soledad, amiga de toda la vida que a Ana le interesaba, no había dejado nunca de usar sus palabras españolas, y en España había incorporado las palabras argentinas como si fuesen suyas desde siempre. Este trasvase idiomático fascinaba a Ana desde hacía muchos años y no pocas veces lo había hablado con Soledad, y de su incapacidad para hacer lo mismo. Ana siempre había hablado con los modismos argentinos en Buenos Aires, y al llegar a Madrid los había reemplazado poco a poco por los españoles, pero ahora, tal vez por su viaje inminente, se preguntaba si tendría que hacer las maletas o las valijas. Se lo preguntó a Soledad, que zanjó el asunto con su sentido común habitual. Ambas, había dicho mientras colgaba el aparato entre risas.


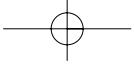


2

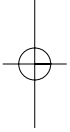
Era otra paradoja, y Ana ya contabilizaba la segunda en esa tarde de despedida, pero la risa de Soledad la llevó a su llanto de más de veinte años atrás. Ella con sus dos hijos en la puerta de la casa de su amiga, dos valijas a sus pies, el oso de Martín, el menor, en sus bracitos, y un bolso colgando del hombro de Fernando. Después las palabras y el acento de Soledad como si sonaran hoy por agradecida memoria, dejad las maletas allí, ven que te quito el abrigo, un poco de Coca-cola os hará bien, a ti te pongo un café, boberías mujer, ponte cómoda y ya veremos. Era como si fuese ayer en el piso de la calle del Prado en Madrid y mientras la primera oscuridad de la



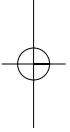
noche esfumaba el contorno de sus paredes y sus muebles, Ana se vio a sí misma en el antiguo salón porteño —¿o living? se preguntó con una mueca— de su amiga española. Paredes argentinas todavía atiborradas de libros, dos máquinas de escribir con sus folios puestos, un televisor y un equipo de música, carpetas, y los testigos de los viajes de Soledad por el mundo, mantas, más-caras, cuadros, fotografías, esculturas. El fresco de la noche se hacía sentir y Ana, sin pensar en ello, cerró las persianas de las ventanas desde donde gustaba entrever la Plaza del Ángel, más allá de la de Santa Ana y al lado del hotel Victoria. Un hostel modesto de la plaza había sido su primer cobijo en Madrid, y todavía recordaba el eco irónico que el nombre del Victoria había despertado en ella. De estar casada, había pensado, se hubiese alojado en ese hotel lujoso; sin embargo, huyendo de la Argentina en las condiciones en que lo había hecho, con la derrota mordiéndola en todos los minutos del día, lo

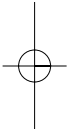
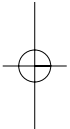
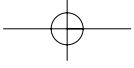


sentía como un mundo en el que había estado de visita por error. Veinte años más tarde, mientras cumplía con el acto mecánico de cerrar las ventanas, se sorprendió silbando un tango. Hacía años que no silbaba, hábito o costumbre de su país perdido, y antes de que pudiese reprimirlo irrumpió la nostálgica letra, yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos van marcando mi retorno.

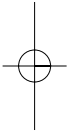
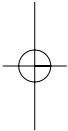
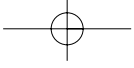


Debajo del agua de la bañera que la cubría hasta el cuello, Ana imaginó que la esperaba una noche pródiga en recuerdos y olvidos. Pretendía ignorarlos pero en su intimidad sabía que el vendaval de imágenes se había desatado hacía unas horas y seguiría más allá de su voluntad. Primero se vio rescatando las fotografías de su antigua casa conyugal y luego, en la penumbra de la habitación que le había preparado Soledad en su departamento de la ciudad portuaria, viéndolas como si contemplara a otra Ana, no la que acababa de irse de su casa y de su marido y de su

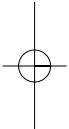
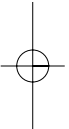
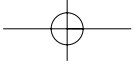




seguridad económica, sino otra que en ese momento le costaba reconocer. Había abierto el álbum familiar desde atrás hacia adelante, como hacía siempre con los periódicos —y este amable detalle de su memoria la hizo sonreír—, y la primera foto la reflejaba con su segundo hijo en brazos. A su lado, sonriente, estaba su marido. En otra estaba embarazada, ya no recordaba si de Fernando o de Martín, y luego las fotos de su boda, tan ajenas ahora, tan distantes. Más adelante, Ana en el colegio con su uniforme escolar de escuela media. La acompañaban, en la foto, sus compañeras, pero en el baño de Madrid son un eco lejano sin nombre. Alguna vez había leído sobre el capricho de la memoria que incluye el olvido, pero frente a la certeza de la desmemoria o de su propio olvido no pudo reprimir un escalofrío. Se dijo que aquellas compañeras con las que sin duda había compartido alegrías y lágrimas también eran desaparecidas de su vida. Ana optó por salir de la bañera.



Mientras friega su cuerpo con energía, como si la toalla pudiese borrar las repentinas ausencias adolescentes, nuevas fotos se acercan sigilosas. En una está en su cumpleaños de quince, y más atrás, suelta sobre la cartulina del álbum, una foto de sus padres caminando por la vieja rambla de Mar del Plata, a finales de los años treinta, o acaso a comienzo de los cuarenta, unos años antes de nacer ella. La madre luce un vestido de lunares y un turbante incapaz de ocultar la larga melena negra, casi azul; el papá la lleva del bracete vestido con un traje blanco cruzado, y el sombrero panamá también blanco, de paja creía Ana, un poco amarillo por el sol, en su mano derecha. En las primeras hojas del álbum están las fotos de su infancia en el campo donde sus padres la criaron. Tirando de una soga para sacar a un ternero del barro en un tractor y con gaviotas revoloteando sobre su cabeza, arriba de un caballo enorme custodiada por un viejo capataz de rostro aindiado, sólido y antiguo como su

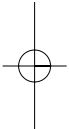
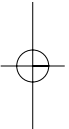
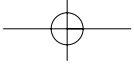


raza. La penúltima fotografía es de la casa de campo colonial, con un patio-galería para atenuar el calor en las habitaciones y entre plátanos y casuarinas. Por fin (o el comienzo de todo si hubiese comenzado desde adelante del álbum hacia atrás, piensa), con cuatro o cinco años metida en la orilla del río que cruzaba el campo. Ese río, piensa Ana en el baño madrileño insospechadamente helado, ese río donde había sido feliz y que se llenó de muertos, y esos muertos que ocuparon su vida y su sueño después del casamiento, los hijos y el divorcio.

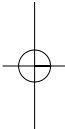
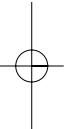
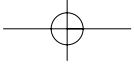
Sentada en el borde de la bañera y desnuda, Ana llora como si fuese una niña. Ha comprendido de un solo golpe brutal que su historia y la de los suyos después del matrimonio y la maternidad no tiene imágenes guardadas en el antiguo álbum fotográfico. Sólo están en su a veces perezosa memoria, y es, sospecha Ana, lo que en esta noche en Madrid vienen a reclamarle, tristes, dulces, como solían ser.

3

Soledad había sido siempre una amistad oculta. Ana la conocía desde los tiempos en que era su profesora de arte en la escuela secundaria pero, sin saber las razones que la llevaron a esa determinación, siempre la había escamoteado a la mirada de sus padres y luego de su marido. Esa decisión secreta y misteriosa, que Ana había vivido muchas veces como absurda y con culpa en su juventud, le había salvado la vida. Sabía por sus compañeros de trabajo, que después de la huida con sus hijos, su marido la había buscado con la policía y hasta con militares amigos, pero al desconocer la dirección de Soledad toda la búsqueda había sido estéril. Ana no había querido

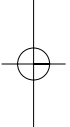
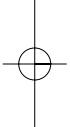
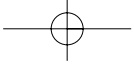


creer lo de la policía y lo de los militares pero una mañana que se había arriesgado a ir a los Tribunales donde trabajaba se encontró con su marido, sin que él la viese. Al recordarlo, el cuerpo de Ana también recordaba y se retraía sobre el sillón de Madrid donde se había arrebujado con una copa de brandy en la mano, como aquella mañana fría de agosto, en Buenos Aires, había reculado sobre sí misma, como si el cuerpo comprendiese lo que su mente todavía no admitía, prisionera de un miedo que pensaba excesivo y que, sin embargo, no podía dominar. Se sentía como frente a una seductora boa constrictor; deseaba huir y a la vez estaba paralizada. Cuando él, por fin, la vio, Ana supo que nunca más debía arriesgarse a estar frente a ese hombre que la había mantenido durante años y le había hecho dos hijos, ahora capaz de quitarle hasta la vida. Los ojos de su marido la miraban con la dureza del odio mientras sonreía y hablaba a sus interlocutores como si frente a él no estuviese el objeto de su



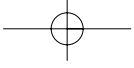


deseo destructor. Ana se había quedado soportando su mirada, en actitud que, a los ojos de otros, podía interpretarse desafiante aunque ella sabía que era el miedo el motivo de esa quietud suicida. Hasta que la mirada de relámpago de su marido hacia un policía de civil que ella conocía la había puesto en movimiento. El hombre caminaba cautamente entre el gentío que lo rodeaba, aunque con pasos cortos y decididos, y Ana, tal vez espolada por la imagen de sus hijos, de ella misma y de Soledad, había echado a correr sin importarle el decoro ni, tampoco, el ridículo, que, bien sabía, despertaba su actitud en ese ambiente formal. En la calle, con el hombre siguiéndola, se había escabullido en un entrevistado taxi y, cien metros después, frente al estupor del taxista, había descendido para desaparecer por la boca del subterráneo.

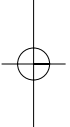
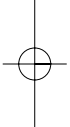
Mi segunda desaparición, pensó Ana antes de echar el resto de brandy en su garganta. Se preguntaba si esto era de verdad así, o si su separación y su huida no habían sido más que la puesta





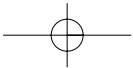
en escena visible de una ausencia más vieja. Pensaba, estremecida, que desde su niñez y hasta su separación matrimonial no tenía registro personal. En su trabajo era una pieza dentro de un engranaje de pomposo título, abogada de pobres y ausentes, pero sentía, con intuitiva certeza, que su trabajo no escapaba a lo que el sistema le permitía, a ella como a tantos otros. Fuera de los Tribunales no era más que la mujer de un hombre rico y ligado al poder político y militar, madre de sus hijos, hija de sus respetados y ya muertos padres. La noche de Madrid y esos pensamientos la alejaban de su acogedor piso, haciéndolo inhóspito por primera vez en muchos años. Comprendía muy bien que, pese al dolor, su vida había empezado a ser merecedora de ese nombre cuando la muerte, o su posibilidad, había comenzado a cortejarla como a una novia deseada. Amigos y amores desaparecidos hacía ya tantos años se sostenían en ella desde el pasado, pero Ana, en esa noche de vísperas y reencuentros, no

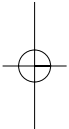
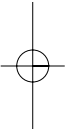
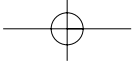


quería pensar en ellos. Se sentía abandonada y sabía que era injusta, pero nada podía cambiarle el sentido y el dolor de la carne sola, como nadie se lo había cambiado durante el año siguiente a su separación, cuando había decidido volver al viejo campo familiar a hacerse cargo de su herencia. La herencia en todos los sentidos posibles, pensaba mientras se dirigía hacia el dormitorio.

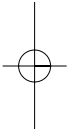
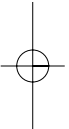
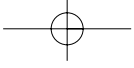


Se sacó la bata y para su extrañeza, tal vez también para su incomodidad, se vio desnuda frente al espejo del armario. Era un hecho cotidiano y, por alguna razón que no comprendía, súbitamente inquietante. Su desnudez imprevista en la luminosa luna del cristal la ponía tan frente a sí misma como antes, durante años, había logrado evitarlo. Ana se daba cuenta ahora de ese comportamiento oculto, de esa ausencia de su propio cuerpo. Desnuda y sin mirarse pensaba en los extraños mecanismos que a veces se ponían en marcha para ignorar lo que era una presencia diaria, su cuerpo, y al que ella ignoraba desde

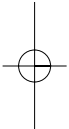
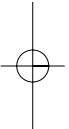
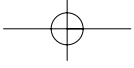




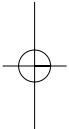
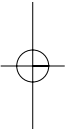
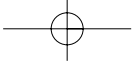
hacía tanto tiempo con las artimañas del apuro y del trabajo. Sus ojos revoloteaban sobre su pelo rizado y por los contornos de su cara. ¿Se atrevería a mirarse a los ojos?, se preguntó, ¿o a su propio cuerpo desnudo? El simple hecho de formularse esas preguntas le parecía un despropósito y sin embargo no lograba eludirlas. También se preguntaba sobre qué era más íntimo, si sostener la propia mirada que la miraba o atreverse a fijar sus ojos sobre las protuberancias y los huecos de su desnudez. Ana no era tonta aunque de vez en cuando lo deseaba (menos complicaciones, menos problemas, se decía con un conformismo que tampoco le pertenecía) y por eso se daba cuenta de que con tanta pregunta escabullía sutilmente alguna de las decisiones posibles. Una era hacer como todos los días, vestirse y seguir con los preparativos del viaje. Después de todo, se dijo, todavía no había hecho ni las valijas ni las maletas. Sonrió pero no se ocultaba que, ahora, seguir como si nada hubiese sucedido en ese dor-



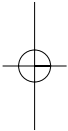
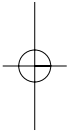
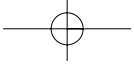
mitorio, como si nada estuviese sucediendo con ella desnuda e inmóvil frente a sí misma, sería una cobardía. Y si Ana algo sabía sobre sí misma, desde hacía veinte años, era que la cobardía, su propia cobardía posible, había quedado atrás en su vida, para siempre. Bajó los ojos y se miró los pechos, apenas dos pequeños montecitos realzados por los pezones casi prepotentes en su tamaño y su dureza. A los cincuenta y cuatro años podía contemplarlos con ternura, ya ajena a la conflictiva relación que había mantenido en su adolescencia con su pecho casi plano. Ahora, se dijo, podía estar agradecida. No sólo se ahorra la flojedad y la decadencia de la madurez sino que, pensó, a sus pechos le había llegado la hora de la reivindicación. El próximo verano haría *top less*, mostraría sus pechos, estaba decidida. Con imprevisto buen humor se detuvo en la pequeña barriga que arrastraba desde joven y sonrió al recordar su llegada a España. Todas las mujeres le habían parecido con tripa, como decían ellas, aun



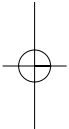
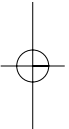
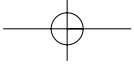
las adolescentes, y eso la había consolado frente a su desamparo de mujer sola con hijos. En Buenos Aires la barriga, por pequeña que fuese, siempre era un problema y en Madrid era la ausencia del problema. Después de unos días había observado que las españolas lo compensaban con sus magníficos pechos, que lucían ajustados bajo el jersey o con escotes pronunciados. Más que el abdomen chato resaltaban el tamaño de sus tetas orgullosas. El consuelo de ser una más entre las de tripa modesta había tropezado con sus tímidos pechos. Lo que se gana por un lado se pierde por el otro, recordaba Ana que se había dicho. Hizo un rápido pasaje sobre la todavía negra mata de pelo sobre sus piernas y se puso de perfil para verse el trasero. Ya no era el de su juventud pero, llamativamente, conservaba la esbeltez y la firmeza que, lo sabía, lo había hecho famoso en los primeros bailes y luego en la facultad y en el trabajo. Culo alto y respingón, culo sudamericano, le decía Soledad en aquellos tiempos idos, y echaba



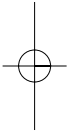
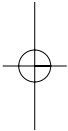
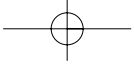
a reír con la desvergüenza vital que la nutría a toda hora. Ana sabía que su amiga tenía razón, siempre había sentido las miradas de los hombres después de que ella hubiese pasado. Le divertía ver con el rabillo del ojo cómo, después de haberla saludado, sus colegas y aun los amigos de su marido comenzaban imperceptiblemente a girar hacia ella mientras no dejaban de hablar de sus asuntos. Era la única audacia que se permitía en aquellos años de represión privada que poco después se haría general. También su marido se lo miraba, piensa Ana todavía desnuda en su dormitorio de Madrid. Luego, en la cama, alguna vez había sospechado su deseo de poseerlo pero nunca se había animado a más que una fugaz caricia sobre sus nalgas. Distinto había sido en el campo de sus padres después de la separación. Ana se había instalado con sus hijos dispuesta a rehacer su vida en el lugar donde había pasado su infancia. Los primeros seis meses habían sido duros y su feminidad se había visto desplazada



por los trabajos viriles que la hacienda y la siembra le habían impuesto sin alternativa. Habían sido buenos tiempos, recordaba Ana pese a todo. La llegada a la casa principal había sido deprimente, con el decaimiento provocado por el paso de los años y el descuido. Las vacas flacas y huesudas, con lastimaduras en el cuero, contrastaban con la hacienda de los campos vecinos, el molino del agua roto, los bebederos inútiles, los fardos con la mies seca y podrida. Para Ana había sido bueno, sin embargo, por la decisión y la fuerza que había sacado de sí misma para levantar el campo. Después del primer fracaso en la venta de sus vacas miserables había pedido un crédito en el banco y trabajado desde el sol naciente hasta el final del día. Con los meses había visto cómo sus hijos y el campo crecían y Ana encontraba en ello un desarrollo y una continuidad. Se extrañaba de sí misma al verse fuera de lo que había sido su vida hasta ese entonces. Los vestidos caros y los perfumes lujosos habían quedado en la ciu-



dad, como habían quedado su marido, su trabajo y las que había llamado sus amigas durante tantos años. Las manos y el rostro se curtían con el calor del sol y el fresco de la noche. Sus viejos hábitos de mujer rica se hacían humo en la distancia física que iba del campo a la ciudad, y también en su progresivo desprendimiento interior de todo aquello que, ahora, le sonaba impuesto por sus padres, el matrimonio y su educación. La noche acostumbraba sorprenderla agotada y feliz. Volvía a dormir como cuando era niña, al abrigo de los recuerdos del día y del silencio nocturno. Por eso había dado un respingo de sorpresa y curiosidad cuando se notó interesada en Adolfo, el ingeniero agrónomo que había contratado para que el campo rindiese mejor. Ana recordaba el trato profesional del primer encuentro cuando lo vio bajar de la camioneta. Ni su altura ni su porte grandote la habían impresionado, tampoco el pelo rubio y el aire alemán que traslucía su figura. Era una persona más con la que

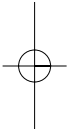
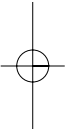


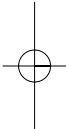
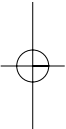
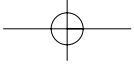
debería lidiar en los trabajos agotadores del campo y Ana no se había planteado ni siquiera eso. Habían convenido los arreglos que había que hacer, el rinde del campo y sus honorarios. Eso había sido todo y después de una recorrida por los trigales y por las cercanías del río, se había despedido. Fue tres días después, desde la ventana de la cocina, al verlo de espaldas en camino hacia su camioneta, cuando Ana sintió un estremecimiento que ahora recuerda desnuda en Madrid. Como un eco largamente olvidado sentía que su cuerpo de mujer reclamaba lo que ella le negaba desde hacía tanto tiempo. No estaba en condiciones de saber si deseaba a Adolfo o a su cuerpo de hombre, tampoco se lo había planteado en esa noche donde la niñez quedaba definitivamente atrás y el insomnio de la mujer sola se instalaba entre sus sábanas también solas. Durante un par de horas había intentado imaginarlo desnudo entre la dificultad y el desconocimiento provocado por el hecho de haber cono-



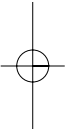
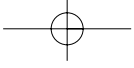
cido sólo a su marido. Por fin se había quedado dormida.

¿Por qué se aferraba a ese recuerdo de dos noches lejanas y quizá sin trascendencia?, se preguntaba Ana en Madrid. Al día siguiente era la yerra y todo el pueblo se congregaba para marcar a los animales, comer asado y tomar vino y mate. La gente bailaba y Atahualpa, el viejo capataz, lo hacía a la manera india, achispado por el alcohol y por los ancestros. Ana había pasado el día feliz, con la disimulada mirada puesta en Adolfo hasta que el vino también había venido en su ayuda para animarla a invitarlo a bailar. Cuando el día y la fiesta terminaba Ana le había dicho que necesitaba hablar con él. El hombre había sonreído como comprendiendo, y cuando todos se habían acostado y dormían, Ana se había volcado sobre el cuerpo masculino, buscándolo. Recostada sobre la cama, todavía desnuda, Ana se preguntó en Madrid si Adolfo la había besado. Pese a su empeño, no lo recordaba. Recordaba

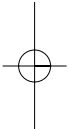


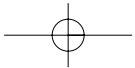
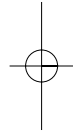
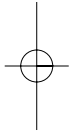
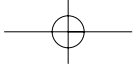


sus manos grandes y la firmeza con que la había desnudado y llevado a la cama. Después sintió el cuerpo desnudo del hombre a su lado y su mano sobre las nalgas. Adolfo le había dado vuelta, bruscamente, y se había inclinado para besarle y humedecerle esa entrada prohibida durante los años de su vida matrimonial. Ana se había sentido sorprendida, tal vez violentada, y sin embargo se había dejado hacer, envuelta en el deseo postergado. Después llegó el dolor y cuando comenzaba a sentir la posibilidad del goce el hombre había terminado. Ana había intentado soportar la desazón y la creciente soledad, más intensa que unas horas atrás cuando la ilusión alimentaba todavía ese encuentro que, en ese instante, se le antojaba inútil por vacío. Lo había hecho afeerrándose al calor del cuerpo de ese hombre ajeno y extraño, sin lograrlo, como ahora en su cama de Madrid intentaba retener la lágrima que ya se derramaba sobre su cara. Ha llovido mucho, se dijo, por qué este recuerdo, mientras las convul-



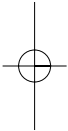
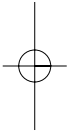
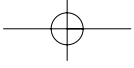
siones de su cuerpo la desnudaban frente a sí misma hasta el dolor, el recuerdo de haber sido y el dolor de ya no ser, siempre y súbitamente el tango recordó, ovillada entre las mantas de lana y la almohada sin poder evitar lo que esta noche había logrado eludir hasta entonces. El recuerdo de Carlos. Los ojos verdes y acuosos, sus besos, los besos húmedos de Carlos sobre su cuerpo y su boca, hechos sal entre sus lágrimas de Madrid y la memoria anclada en Buenos Aires. Ana sabía que la mirada que sus propios ojos le devolvían desde el espejo no mentía en esa noche madrileña de bruma y tiempo.



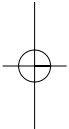
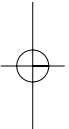
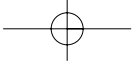


4

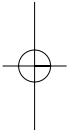
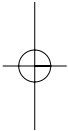
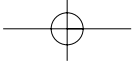
Ana había elegido vivir en el barrio de Huertas por los infinitos baretos y por su aceptación instantánea de esta palabra, tan cercana a su argentina barcitos y, sin embargo, más dulce y acogedora. Amaba, o había amado los cafés de la calle Corrientes donde su vida de estudiante se había detenido tantas veces para abrirse a la charla informal, la discusión política, el placer de los libros y del cine. Después, con su casamiento y la llegada de los hijos, habían dejado de ser el refugio de las pasiones para cambiar al lugar vedado, y melancólico a la vez, impuesto por su vida de mujer casada. El eje de sus encuentros se había desplazado hacia la zona norte de la ciudad, y el



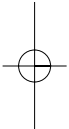
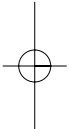
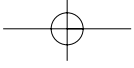
corredor que unía las avenidas Santa Fe y Cabildo había pasado a ser el centro de las citas con las amigas. No sin nostalgia, Ana se decía que junto con su matrimonio también habían desaparecido sus amigos varones. Durante los largos seis años con su marido los encuentros con sus amigas se habían reducido a las conversaciones sobre la actividad social y familiar, la casa, los niños, las fiestas de cumpleaños, los casamientos y los velorios. Ana había vivido esos años sin conciencia de su aburrimiento, tomándolos como hechos inevitables pero no por eso perniciosos. Hoy toca reunión de marujas, decía su vieja amiga Soledad cuando Ana declinaba alguna invitación al cine o a charlar con una sonrisa, y a veces hasta con la risa franca. Por eso le había gustado Huertas, porque los baretos de Huertas le recordaban los tiempos que ella había vivido como si hubiesen sido infelices, con toda la predisposición adolescente hacia el dolor y la inquietud de la que había sido capaz. ¿Sabía ella lo que se avecinaba, en



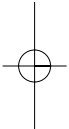
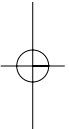
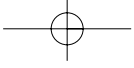
aqueños años tempranos? Claro que no, se contestaba más de veinte años después, sentada a la barra de un bar de la calle Atocha. La noche no era amable con los transeúntes, pero Ana había elegido salir para sacudirse ese viento del pasado que se había instalado en ella unas horas atrás y no la abandonaba. El general de turno en la Argentina era Onganía, que mandaba rapar a cero a los muchachos de melena larga, y a las mujeres jóvenes que se animaban con la minifalda las levantaba la policía para que los padres fuesen a buscarlas a las comisarías. Había sido indignante y también injurioso, tanto como la aquiescencia y hasta el reclamo de la sociedad que pedía un Franco, un hombre fuerte que pusiese orden en la terminología pueril y peligrosa de sus compatriotas, pero eso no había sido casi nada (y Ana en el bar de la calle Atocha no puede eludir una mueca sarcástica) con la matanza que llegaría diez años después, cuando los cafés de Buenos Aires se habían transformado, ahora sí, en uno de los



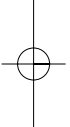
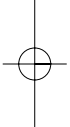
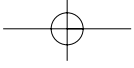
tantos templos del dolor y de la angustia. Onganía, ilusorio Franco argentino, había durado, como los patéticos y trágicos fanticos que lo habían sucedido, lo que un lirio, y la muerte del verdadero Franco en España había permitido la última gran alegría compartida con su amiga Soledad. Ana había oído la noticia por radio mientras recorría el campo con Adolfo y, eufórica, había querido telefonar a Buenos Aires. Esta decisión había molestado al hombre, que no entendía ni le importaba a quién le podría interesar la muerte de Franco. A Soledad, había contestado Ana, y también a mí, recordaba que había agregado casi con estupor. No le extrañaba la causa común con su amiga del alma, pero sí le sorprendía su propia y decisiva inclusión en ese interés y en esa alegría. Como un eco que llegaba con retraso, Ana reconocía que la bronca y el miedo que dos horas atrás había despertado el comentario de un paisano sobre un tiroteo en un campo vecino —el hombre alegaba la presencia



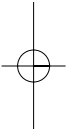
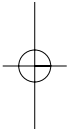
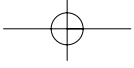
de un guerrillero oculto por el hijo del patrón como motivo de las balas y la muerte— tenían más que ver con la ruptura del orden que ella había reconstruido que con su verdadero sentir. Ese eco tardío le hablaba de su propio lugar en el mundo, tantas veces postergado por los otros y por ella misma. Supo en un instante que Adolfo no formaba parte de su vida ni podía dejar de llamar a Soledad, como si ambas cosas formasen parte de una sola decisión vital, tal vez absurda y sin embargo verdadera. En los tan lejanos días de su juventud, Ana había tenido en Soledad el único sostén de la entrevista vida que deseaba y no lograba concretar. Sus caminatas en la noche de Buenos Aires, con sus inevitables paradas para tomar café, habían sido el alimento casi diario de su secreta y tumultuosa vida. Ana le hablaba de cine y Soledad de pintura y de España, de los recuerdos de la España que había abandonado obligada a fines de los años cincuenta. Ahora se había muerto Franco y Soledad volvía al terruño,




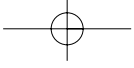
según contaba desde el otro lado de la línea telefónica, en Buenos Aires. Soledad estaba casi borracha, adivinaba Ana, e intuía la risa y las lágrimas de su amiga querida, mientras se mezclaban en ella su propia risa y su propia lágrima, la alegría por la amistad compartida, la tristeza por la partida y la lejanía y la nostalgia que se avecinaba. Una semana después Soledad había ido al campo para despedirse, y en la volanta que las llevaba a la casa con los caballos casi desbocados atravesando la llanura Ana contemplaba, al borde de la envidia, la nueva y renovada energía de su amiga. Soledad cantaba «El paso del Ebro» en la inmensidad de la geografía argentina y Ana se sentía celosa. Sabía que no tenía derecho a ese sentimiento pero no podía evitarlo, sentía que su amiga de tantos años regresaba a su tierra y se preguntaba si alguna vez la volvería a ver. ¿Volvería Soledad al país de Ana?, era la pregunta casi infantil que se hacía y el sólo hecho de formularla le producía un dolor que bien se cuidaba



de no transmitir a su amiga. Lejos estaba Ana de saber que sería ella la que viajaría a España más tarde, y que más de veinte años después recordaría aquel día en un bar de Madrid. Como también recordaba la noche de ese día, cuando sus hijos ya dormían y ellas hablaban y tomaban vino al amparo del techo de la galería. La noche era clara, y a la luz tenue de un sol de noche que habían colgado de uno de los aleros, Ana veía los ojos brillantes de su amiga. Hacía unos minutos que estaban en silencio cuando Soledad nombró La Cruz del Sur. Como si hubiese adivinado los pensamientos de Ana durante el viaje en la volanta, Soledad confirmaba su certeza de que esa noche era la última vez que veía las cuatro estrellas que se destacaban en la eterna noche quieta del campo argentino al que Soledad había llegado hacía tantos años con sus padres, escapando del vacío y la persecución de la posguerra española. Por fin había llegado la hora del reencuentro con la Osa Mayor, decía Soledad, y los ojos se

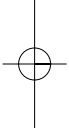
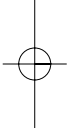


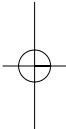
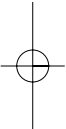
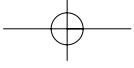
abrillantaban como gotas del sereno a la luz de la mañana. Sin embargo, Ana sabía que Soledad no lloraría. Era una asturiana dura y orgullosa y las debilidades, en las pocas veces en que Ana había sido testigo de ellas, se desparramaban por dentro sin salir a la superficie jamás. Después Soledad le había dicho que se cuidara, en una frase y con un tono que Ana no había sabido o querido entender. Se venían tiempos duros, muy duros, insistía su amiga, y le explicaba que así como en España se abría la posibilidad de un mundo distinto que habría que pelear, en la Argentina se acercaban tiempos de cerrazón. Para amortiguar la angustia Ana había contestado que tal vez no fuese para tanto, y Soledad se había limitado a pedirle por favor que estuviese atenta, debía cuidarse, y debía cuidar a sus hijos. Esa noche no hablaron más, tomaron la última copa de vino y Soledad se había ido a acostar. Ana se había quedado un rato más mirando el cielo, buscando en el titilar espasmódico de las




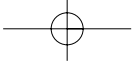
estrellas la confirmación de que el mundo y ella y los suyos seguían vivos.

Se despidieron a la mañana siguiente al pie de la volanta y de los caballos. Cuando el tren se perdía tragado por el espacio infinito de la llanura bonaerense Ana había sentido que una parte de ella y de su vida se iba en ese tren. Como si fuese una letanía se repetía que nadie hubiese podido hacerle creer en ese momento que apenas unos pocos años después ella emprendería el mismo camino. El tiempo acelerado por la violencia cambiaba el paisaje y las personas y donde había vida se instalaba la ausencia. Aquello que tanto había costado reconstruir, un arado abandonado, alguna vaca enferma, una amistad o un amor se diluían en la realidad de los días y las noches inquietas y temerosas. Comprendía por fin, y lo comprendía en su cuerpo siempre alterado y alerta, el alcance definitivo de las palabras que Soledad le había dicho aquella última noche en el campo. La Cruz del Sur dejaba de ser sólo

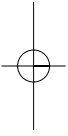
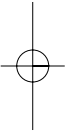




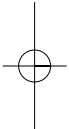
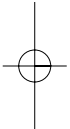
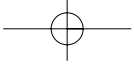
la referencia obligada del hemisferio austral y se instalaba en la vida cotidiana como si aquellos deseos de la adolescencia, piensa Ana mientras bebe su segunda caña en el barito de Huertas, colocados en el sufrimiento artístico y existencial del cine o de la poesía, se hubiesen corporeizado de pronto y brutalmente para marcar diferencias que nadie había podido entrever y tampoco imaginar. Habían pasado el matrimonio y la separación y el trabajo en el campo, y los bares y las calles de Buenos Aires, abandonada la parodia de la infelicidad temprana, habían pasado a ser el espacio trágico de las desapariciones y de la muerte. De uno de esos bares se habían llevado los militares a María, a quien dos días después la policía simulaba haber encontrado muerta a la vera del Camino Negro. La blanca, transparente María estaba atada a un árbol con alambre, y su cuerpo y su rostro de casi niña, hinchados y violáceos por la tortura, alojaban nueve balas obscenas por gratuitas. Y en el Ramos de Corrientes y



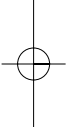
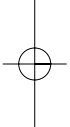
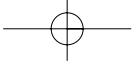
Montevideo había esperado inútilmente y para siempre a Rudy, amigo del alma dónde estarás, se pregunta Ana veinte y tantos años después en la despacible noche de Madrid. Y con un temblor que ella sabe que no es frío recuerda que también los bares habían sido lugar de encuentros. En uno de ellos, en La Farola de la calle Santa Fe, había encontrado a Carlos.



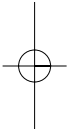
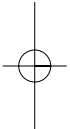
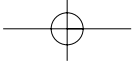
Ana acumulaba cinco cañas de cerveza y dos copas de cognac cuando se levantó para ir al baño sin poder lograrlo. Había tomado alternando la cerveza por la sed y el cognac por el frío, según pensaba o se mentía. De pie y aferrada a la barra para no caerse, no del todo borracha (*piripi*, diría Soledad) pero sí mareada, oía una voz de hombre desconocida, como si viniese desde otro lugar y no desde el bar donde ella estaba o creía estar. El hombre le preguntaba si algo le sucedía y Ana, en un momento de humor que la sorprendió, había contestado todo, me pasa todo. No estaba segura si el hombre había entendido pero le agra-



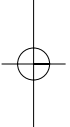
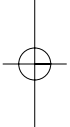
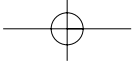
deció la ayuda mientras recomponía su figura frente a la mirada curiosa de los pocos parroquianos solitarios abstraídos en sus propias cosas. Ana tenía la incómoda sensación de estar viviendo una situación conocida, repetida, pero cuando por fin se había sentado sobre el taburete donde había estado las últimas dos horas se dio cuenta de que el eco que regresaba del pasado era similar aunque invertido. Su primer destino en España había sido Ibiza, donde estaba su único contacto posible al llegar. Soledad, ausente en el extranjero por un mes, que a Ana se le haría interminable, no se había enterado de su llegada debido a la premura con que ella había tenido que huir de Buenos Aires. Sin otra escapatoria, Ana había aceptado la ayuda de una antigua amiga del colegio que vivía con algunos argentinos el tardío hippismo de los años setenta. Habían sido días de calor, sol incesante y, sobre todo, de alegría o ruido sin fin que a Ana la angustiaban hasta el dolor físico. Su amiga se desvivía por borrarle el



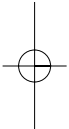
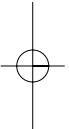
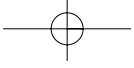
horror y la angustia de Buenos Aires, y aunque Ana reconocía el esfuerzo y la buena voluntad intuía que ella necesitaba tiempo para vivir su dolor y su desarraigo. Una tarde su amiga y un grupo de amigos la habían llevado en barco hasta una cala cercana a Santa Eulalia, una playa nudista que la había violentado hasta el enojo. El grupo de hombres y mujeres que la acompañaban se habían desnudado al llegar y Ana se había sentido avergonzada. Sentía que estar vestida frente a toda esa gente desnuda y morena por el sol era igual a estar desnuda en un teatro donde el resto vistiese de etiqueta. Era una desnudez al revés, pensaba, y esa ironía había tenido el efecto terapéutico de hacerla sonreír. Sin embargo, Ana no se ocultaba que su pasado y su formación eran los que le impedían desnudarse frente a los demás. Como una concesión hacia ellos se había acostado boca abajo con la espalda desnuda, la mayor audacia posible en las playas argentinas, y desde allí miraba el mar, presuntamente absorta



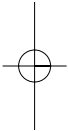
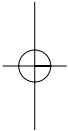
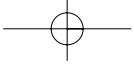
en el agua, evitando posar la mirada sobre los cuerpos de sus acompañantes. Cuando uno de ellos se acercó a su cara, arrodillándose para ofrecerle un cigarrillo, Ana lo había rechazado al tiempo que se levantaba para echarse a andar. Había puesto una excusa pero bien sabía ella que los genitales del hombre a medio metro de su cara eran la causa de su turbación. ¿Había sido indecorosa la actitud del hombre, o simplemente había actuado con naturalidad? se preguntaba Ana, y la conciencia de la palabra indecorosa en su vocabulario interno la llenaba de risa y de bronca. No entendía la pertinaz represión que invadía su lenguaje, y sin embargo sabía de dónde provenía. ¿Sería capaz de eliminarlo con el tiempo, o siquiera atenuarlo? Ana lo ignoraba, aunque también sabía que con Carlos había sido capaz de audacias impensadas por ella hasta el momento mismo de hacerlas. Con Carlos había sido diferente, era su conclusión en aquellos lejanos días de Ibiza, tan luminosos por el sol y también



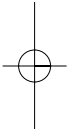
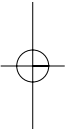
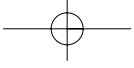
tan oscuros para ella por los recuerdos y las ausencias. Después de ese día en la cala había decidido eludir las invitaciones de sus amigos, se quedaba en San Antonio intentando leer, sin lograrlo, y se ocultaba en la casa de su amiga cuando el llanto se le aparecía con la fuerza de lo inevitable. Una noche había visto a un hombre aferrado a la barra, intentando mantener el equilibrio como ahora lo intenta Ana en Madrid después de su frustrado viaje a los baños. El hombre se bamboleaba totalmente borracho, nadie le hacía caso y Ana se había acercado para ayudarlo. Había resultado ser argentino del barrio de Villa del Parque, casi vecino mío había pensado Ana, se llamaba Alberto y estaba escapado de la Argentina desde 1975, cuando arreciaba la Triple A. En su borrachera Alberto le había explicado lo de la Alianza Anticomunista Argentina que ella bien conocía y, sin embargo, había dejado que el hombre lo contase como si su ignorancia fuese verdadera. Mientras Alberto se perdía en los vericuetos



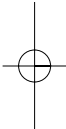
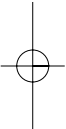
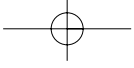
de su propio dolor y de su melancolía, Ana se preguntaba si también ella habría empezado a escapar de su país en el 75, aquel día en que había respondido a la agresión de su marido con una trompada. A diez mil kilómetros de su tierra se daba cuenta, ahora, tanta lluvia después, de que desde entonces su vida no se había detenido nunca, y Ana sospechaba que era otra Ana, una Ana que ella misma no conocía, o no había conocido hasta esa mañana que había comenzado como tantas otras y había terminado como punto de partida de una vida que, ahora sí, no sabía dónde terminaría. No serás una puta facha vos, le había dicho Alberto, seguramente confundiendo su ensimismamiento con indiferencia. Ana le había contestado que podía estar bien seguro de que no, mientras miraba los cuarenta y cinco o cincuenta años gastados del hombre, su coleta de pelo en la nuca, su mentirosa camisa de colores. Alberto le contaba su separación, le hablaba del hijo que hacía años no veía, su forma



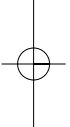
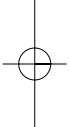
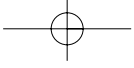
de ganarse la vida. Vendía ropa y bisutería, y Ana recordaba haber abierto los ojos frente a esa palabra que desconocía. Nosotros decimos *bijouterie*, aclaraba Alberto, pronunciando la palabra con decidida afectación, y Ana, siguiendo el juego, había dicho es que nosotros somos franceses. Inesperadamente, ambos reían, Alberto pedía su penúltimo whisky de la noche y ella aceptaba una cerveza. Lo que pasa, decía Alberto mientras hacía girar el vaso entre las palmas de sus manos, es que ya tengo cuarenta y nueve pirulos pero sigo siendo un pendejo, me niego a volverme grande, quiero decir en el sentido de seguir creyendo en lo mismo que creía cuando era joven. No vas a tirar la toalla antes de que te la tire la vida, había contestado Ana para su sorpresa, con un optimismo y una vitalidad desconocidos en esos días, pensaba ahora en Madrid, todavía mareada. Alberto había lanzado una carcajada para festejar la frase y se la hacía repetir para copiarla en una libretita negra y desgastada. Después había pedido



otro whisky. La noche había seguido hasta el cierre del bar. Alberto no podía despegarse de la barra sin caerse y Ana le había ofrecido su brazo como sostén, él había aceptado pero antes de salir había querido tomar el último sorbo de alcohol que descansaba en su vaso. El whisky lo había atragantado y lo ahogaba, babeándolo. Tosía y la baba corría sobre su cara y también sobre el brazo de Ana, que lo recibía con asco y también con compasión. Se preguntaba por qué no lo dejaba allí y que otro se hiciese cargo, pero seguía ayudándolo hasta que lograron salir a la calle. Tengo un pedo de puta madre, hermanita, le decía Alberto y la abrazaba, la invitaba a su casa, le decía que la quería. No creo que seas una fascista hija de mil putas, agregaba, y se abrazaba y le ponía la cabeza al lado de la suya. De Villa Urquiza carajo, somos vecinos, y reía, ahora reía. Ana había logrado apoyarlo sobre el escaparate de una tienda cerrada, y en la cercanía de sus cuerpos, en el vaho alcohólico que los envolvía

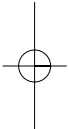
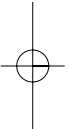
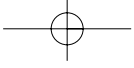


como una bruma, Ana sentía que Alberto se hacía cifra del destino trágico de su país. No nos matemos más, hermana, no nos matemos más, decía el hombre mientras las lágrimas le corrían por su rostro ya viejo para siempre. Ana se preguntaba con quién estaría hablando y pensaba que tal vez con él mismo. Le pesaba tanta muerte al lado, tanta como la que tenía Ana a su propio lado, y Alberto no la abandonaba. Los vascos, los irlandeses, nosotros, decía, no nos matemos más, ¿vale? Después se había quedado quieto y con la cabeza gacha. Su cuerpo se abandonaba a la seguridad o a la certeza de la pared, y minutos después, como de milagro, recuperaba su inestable verticalidad y se despedía de Ana. *Hasta domani*, gritaba, inesperadamente itálico, y Ana decía *ci vediamo domani*. Alberto reía y en la vereda de enfrente, dándose vuelta, le había preguntado a Ana si se acordaba de *Los compañeros*, *escusi, qué paese é queste?* Ana se acordaba, claro que se acordaba de aquella película de su juventud que

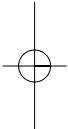
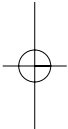
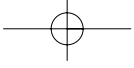


había visto con Soledad. *Queste é un paese di merda*, contestaba a gritos, también ella riendo. Alberto se perdía en la noche. Ana lo veía irse por las suyas y no podía creerlo. El hombre había recuperado un cierto andar digno, y Ana había pensado que tal vez, por un momento, había aliviado su corazón de tanto dolor y tanta ausencia. Sabía, sin embargo, que aunque no volviese a verlo, como en efecto había sucedido, al día siguiente y al otro Alberto repetiría el rito ya inevitable de su destrucción. Ahora me quiero ver a mí, se decía Ana en el bar de Huertas, mientras abandonaba su taburete y se encaminaba hacia la salida, la oscuridad y el frío que ya sentía en su cuerpo antes de llegar a la puerta.

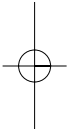
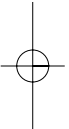
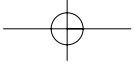
Ana había decidido caminar por Atocha hasta el teatro Calderón y desde allí había subido por la calle de la Cruz hasta que, dejándose llevar, había llegado otra vez a la plaza Santa Ana. El aire nocturno le cortaba la cara pero además de que siempre había preferido el frío al calor



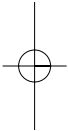
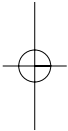
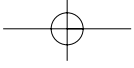
había emprendido la caminata para despejar los últimos restos de alcohol que todavía conservaba en su cuerpo. Las calles se quedaban solas y vacías, la gente se dispersaba hacia sus casas y Ana terminaba por comprender lo que tantas veces había visto en el cine. Si su cuerpo caminaba por las calles de Madrid ella se sentía como si fuese un montaje paralelo interno donde no se encontraban su presente y su pasado, en la avenida Santa Fe de Buenos Aires. Tenía una cita con Soledad pero Carlos había llegado primero. No se conocían y Ana lo había mirado con interés cuando él había entrado al bar. Era joven, tal vez dos o tres años menos que ella, había pensado Ana con cierta inquietud, como si los tiempos veloces y violentos de la época pesasen sobre su edad más que los años reales que tenía. También era apuesto, no demasiado alto, pero a Ana le atraía el aire entre atento y distraído que emanaba de su cabeza. Lo veía de pie en medio del bar y se le antojaba que era un hombre despierto para



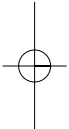
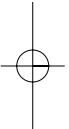
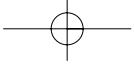
todo aquello que le importase y completamente indiferente respecto al trajín social y cotidiano que lo rodeaba. Tonterías que me imagino, se había dicho Ana llevando la taza del café a su boca, cuando vio que él se acercaba a su mesa, decidido, y le afirmaba, porque no era una pregunta, que ella era Ana, la amiga de Soledad. Después se había sentado a la mesa y la breve charla posterior le mostraba a Ana que su interés por ese desconocido no había sido casual ni caprichoso. Un tipo encantador, había dicho veinte minutos más tarde Soledad, sentada a la misma mesa y aferrada al brazo de Carlos. Y al recordar ese momento traicionero que su amiga del alma le asestaba sin quererlo ni imaginarlo, Ana, sentada en un banco de la plaza de Madrid, todavía sentía la opresión provocada por aquella revelación de su amiga, que hubiese preferido ignorar. No se le escapaba que ese sentimiento había sido tonto veinte años atrás y sabía que lo seguía siendo ahora pero no podía evitarlo. Ése había sido



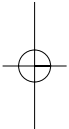
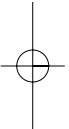
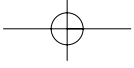
su primer encuentro con Carlos y el encanto casi mágico de su aparición se había roto apenas unos minutos después. Ana conjeturaba sobre ese primer desgarramiento, si no habría sido el anuncio de lo que vendría, y aunque hacía años que se lo preguntaba seguía sin encontrar la respuesta. La segunda vez había sido más doloroso, Carlos aparecido en el campo como de la nada, durante los dos o tres días que Soledad había estado allí antes de regresar a España. Todavía podía recordar con precisión la imagen de Carlos recortada a contraluz, de pie sobre la puerta de entrada a la casa. Hasta un segundo antes ella dormitaba en el sopor de la siesta de verano, con un libro en su regazo, y cuando oyó ruidos y lo vio había confundido su figura como si perteneciera a un sueño suyo demasiado veraz. Por un momento se había quedado quieta y feliz en la protección del vaivén mínimo de la mecedora, disfrutando ese momento que el bochorno de la tarde le regalaba, pero rápidamente se repetía la escena del



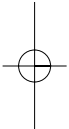
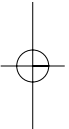
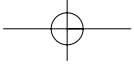
café. Carlos estaba allí, en la casa de campo donde ella había pasado la infancia feliz y a la que había regresado con sus hijos para rehacer su vida, pero no estaba por ella sino por Soledad. Una hora más tarde, la presencia de ambos entrevista por Ana a través del alambre tejido de la puerta que daba a la galería, la perturbaba hasta la marginación. Sin quererlo y tal vez sin darse cuenta, se retraía de su amiga, de sus hijos y hasta de su propia casa. Era un sentimiento estúpido y de alguna manera oscura lo percibía aunque no lograba evadirlo. Soledad tenía todo el derecho, se decía a sí misma intentando apartarse de esa molestia creciente, y a Carlos era la segunda vez que lo veía en su vida. No había en ellos ni en su comportamiento nada que pudiese reprocharles, pero Ana había percibido cómo a lo largo de ese día infinito le crecía el desasosiego corporal de los celos. ¿Tenía sentido?, se preguntaba retóricamente. Sabía la respuesta y por eso la avergonzaba ese sentimiento de posesión absurdo. Carlos



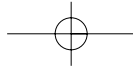
era un hombre imprevistamente aparecido en su vida y seguramente pasajero; así como había entrado al bar de la calle Santa Fe desaparecería en cuanto Soledad tomase el avión camino hacia su origen y su deseo. Y su amiga estaba allí, como siempre desde hacía tantos años, y sin embargo Ana no podía eludir el sentimiento de pérdida que su relación con ese hombre inesperado le infligía. ¿Sabría ella el sentido de la palabra pérdida en aquellos años de su juventud?, se decía Ana todavía sentada en el banco de la plaza Santa Ana. Seguramente no, se contestaba, y aunque la vida le había enseñado que cada momento tenía su sentido en el instante preciso en que las cosas ocurrían, veinte años después Ana todavía conservaba la culpa por aquellos sentimientos, por el uso indiscriminado del lenguaje, por su facilidad en aquellos tiempos para sentir como pérdida lo que no eran más que celos provocados por su inexperiencia y por su soledad. El frío arreciaba en Madrid, sobre la plaza



y sobre ella misma. Carlos desaparecería de su vida, se había dicho aquel día en el campo, pensando en él como el amante de Soledad que era, y como el hombre ajeno a su propia vida que ella había imaginado. Ignoraba lo premonitorio de sus palabras, el dolor real que su ausencia provocaría, la vergüenza y la culpa que Ana arrastraría como una mochila cargada a su espalda durante toda su vida. La noche de aquel día había sido peor, el sentimiento más agudo, la pérdida más dolorosa. Ana estaba en su cuarto mirando la cama de Soledad, impecable, sin usar, cuando su amiga había entrado semidesnuda, con la alegría en el rostro y buscando un camisón. Venía de estar con Carlos y pasaría la noche con él, en el cuarto de al lado. Ana había reprochado a su amiga que no le hubiese dicho nada de su hombre, sobre quién era, y Soledad había contestado, pues Carlos, con la facilidad que tenía para aclarar los hechos prácticos. Luego había salido de la habitación y la había dejado sola. Sola y herida,



como ahora estaba en Madrid en medio del frío que bajaba del norte, de la sierra que Ana amaba y ahora no le importaban, hundida en el vacío monstruoso de su soledad. Sin poder evitarlo, tal vez sin quererlo evitar, Ana gritó y los veinte años de ausencia de Carlos, de mujer sola, se derramaban en el llanto herido y solitario. ¿No hay nadie que venga a ayudarme?, gritó mientras se deslizaba hacia el suelo hasta quedar abrazada al banco de la plaza. Sentía que la cara de Carlos, la de Soledad, la de sus padres, la de sus amigos muertos, se desvanecían dejándola más sola que nunca antes. Sintió miedo, tal vez el miedo más indescifrable y oscuro que alguna vez había sentido. Ahora habían desaparecido de verdad Carlos y Soledad y sus amigos. No estaban ni los militares torturadores ni la policía, dueños del miedo, de su miedo, pero imposibles propietarios de su rebelión frente a ese miedo que también la había hecho sentir viva con la reacción visceral que la empujaba a la pelea. Sin poder



retenerlos se le diluían en el tiempo los viejos
compañeros de lucha, el amor de su vida, la
amiga de siempre. Ya no poseía siquiera la me-
moria de la gente que amaba, el mundo era una
noche y esa noche estaba vacía, era una noche sin
Osa Mayor ni Cruz del Sur. Estaba sola.

